

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS Y LA CRÍTICA HISTÓRICA

¿Hasta dónde llegan las afirmaciones del NT sobre la resurrección de Jesús?, ¿pueden fundamentar de una manera cierta y suficiente nuestra fe en la resurrección? Este problema, en apariencia meramente histórico, encierra en realidad una serie de cuestiones sistemáticas sobre las posibilidades del método histórico, las concepciones en la interpretación de los datos, la posibilidad de alcanzar la resurrección misma con dicho método histórico, etc. Desde esta amplia perspectiva nuestro autor aborda tres preguntas fundamentales, cuyas respuestas vienen a integrar la valiosa aportación del presente artículo. Su claridad y sencillez nos aportan elementos de reflexión que nos ayudan a una más correcta --y siempre necesaria-- comprensión de la resurrección, fundamento y clave de toda la fe cristiana.

Die Auferstehung Jesu und die historische Kritik, Bibel und Leben, 9 (1968) 37-53

Para resolver la pregunta fundamental sobre si nuestra fe puede apoyarse en los datos históricos que nos ofrece el NT, tendremos que proponer previamente una serie de reflexiones que dividiremos en tres apartados: a) ¿qué significa propiamente la resurrección?; b) ¿cómo hay que juzgar históricamente los testimonios del NT sobre la resurrección?; c) ¿fundamentan estos testimonios nuestra fe en la resurrección de Jesús?

¿QUÉ SIGNIFICA PROPIAMENTE LA RESURRECCIÓN?

Desde el principio debemos decir claramente que la resurrección de Jesús no es simplemente devolver un muerto a la vida de este mundo, como ocurrió en la resurrección del joven de Naím (Lc 7, 11-17).

Según el testimonio de las cartas de Pablo y de los evangelios, la resurrección de Jesús no es la revivificación de un cadáver, sino un acontecimiento *escatológico*. Es decir: con la resurrección de Jesús han comenzado los últimos *acontecimientos*; en Jesús resucitado ha comenzado ya la "nueva creación", la resurrección general de los muertos. Esta estructura, radicalmente distinta, del acontecimiento de la resurrección se manifiesta en los evangelios precisamente en que el acontecimiento mismo no es descrito. El acontecimiento de la resurrección no pertenece ya a nuestro mundo empírico, espacio-temporal y, por tanto, no puede ser delimitado espacio-temporalmente. De ahí se sigue naturalmente que no podemos decir con verdad ontológica que Jesús después de su resurrección estuvo cuarenta días en la tierra, que en el día cuarenta ascendió al cielo y allí espera centenares de años para aparecer finalmente de nuevo en la tierra, en la parusía. Quien piense así, piensa míticamente y no hace justicia a la intención bíblica, a pesar de que la letra suene así.

Para demostrar la estructura mitológica de las frases dichas se puede partir de la reflexión sobre las dimensiones espacio y tiempo. La desmitologización *espacial* es la más conocida: cuando Jesús en la resurrección es glorificado y transfigurado por el Padre, vive ya en la glorificación del Padre y es absolutamente incomprensible que, con un movimiento puramente local, pueda después encontrar al Padre todavía más cerca. ¿A dónde podría ir exactamente?, ¿al cielo? La moderna teología nos dice, con pleno

derecho, que el "cielo" fue constituido precisamente por la resurrección de Jesús, pues la humanidad glorificada de Jesús es el único "sitio" (en sentido análogo, claro está) donde nosotros podemos ver al Padre. Jesús, pues, por su resurrección está ya junto al Padre y no existe ninguna situación intermedia (*Zwischenzustand*) para el Resucitado. Cuando se aparece a sus discípulos se aparece desde el cielo y entendemos "cielo" no míticamente como bóveda celeste o firmamento, sino como la propia dimensión del Resucitado, que es inconmensurable según nuestro mundo espacio-temporal. La misma estructura de las llamadas apariciones corresponde a una autorrevelación del Resucitado desde su propia dimensión.

Si reflexionamos sobre el acontecimiento de la resurrección de Jesús desde el punto de vista temporal tenemos que decir que en el cielo ya no hay tiempo. Con esto no queremos decir que no haya algo que analógicamente pueda llamarse tiempo, sino que ya no hay *tiempo terreno*. Por esto, entre la resurrección, la ascensión y la parusía de Cristo no podemos interponer un tiempo terrestre y hacer el tiempo del Resucitado paralelo al nuestro. Entre la resurrección, la ascensión y la parusía de Cristo no hay - visto desde Cristo- ninguna diferencia temporal terrena. Así es posible que cuando muramos y atravesemos la frontera del tiempo para alcanzar a Cristo nos encontremos no solamente con el *Resucitado*, sino *con el que está resucitando*. La resurrección no es un acontecimiento que pertenece simplemente al pasado, es actual; hace saltar los límites de la historia.

Quizá surja ahora la pregunta sobre la fórmula neotestamentaria "resucitó *al tercer día*". Si queremos interpretar esta fórmula correctamente sólo podemos decir que Jesús fue experimentado como resucitado al tercer día o bien -partiendo del hecho de la tumba vacía- que al tercer día el cuerpo de Jesús ya no estaba en la tumba. No tenemos motivo para suprimir la fórmula, sólo hay que saberla interpretar correctamente. Pero entendamos bien que ni la tumba vacía ni las apariciones son el acontecimiento mismo de la resurrección. Son manifestaciones en nuestro mundo empírico de un hecho que acontece en una dimensión completamente diferente. Teniendo bien clara esta distinción se evitarían muchos malentendidos pues las manifestaciones del Resucitado (tumba vacía y apariciones) pertenecen a nuestro mundo, mientras que la resurrección misma se sustrae a toda comprensión histórica. La resurrección misma no puede ser objeto inmediato de la ciencia histórica, aunque sí lo pueden ser la tumba vacía y las apariciones.

¿COMO HAY QUE JUZGAR HISTÓRICAMENTE LOS TESTIMONIOS DEL NT SOBRE LA RESURRECCION?

Géneros literarios

Para poner de manifiesto adecuadamente un texto de la Biblia nos tenemos que preguntar en primer lugar por su género literario. Si aplicamos esta investigación metódica a los textos neotestamentarios de la resurrección de Jesús aparecen inmediatamente dos géneros esencialmente diferentes: las "formulaciones breves de la fe", esparcidas por todo el NT, sobre todo en la literatura epistolar, y las llamadas "narraciones" (*Erzählungen*), que solamente encontramos en los evangelios.

Formulaciones de la fe en la resurrección de Jesús son por ejemplo, Rom 1, 3 ss; 1 Cor 15, 3-7; Mc 8, 31; Flp 2, 6-11; 1 Tim 3, 6. Casi todas ellas muy anteriores a las narraciones de la resurrección de los evangelios, no solamente porque las cartas de Pablo fueron escritas 15 ó 20 años antes que los sinópticos, sino porque estas fórmulas ya eran conocidas y usadas en la Iglesia mucho antes de quedar fijadas por escrito. Eran cantos litúrgicos (1 Tim 3, 16; Flp 2, 6-11) o fórmulas catequéticas (1 Cor 15, 3-7). La consecuencia que de ahí sacamos es importante: los testimonios más antiguos de la resurrección de Jesús no son relatos neutrales, en el sentido moderno de historia, sino confesiones de una fe.

En las narraciones hay que distinguir entre las que tratan del hallazgo de la tumba vacía, y todas las demás cuyo contenido son las apariciones del Resucitado. Originalmente unas y otras son completamente diferentes. En Marcos y Lucas no hay ninguna aparición de Jesús en el descubrimiento de la tumba vacía. Pero pronto se entremezclan ambos tipos de narración. En Mateo Cristo se aparece a las mujeres poco después de haber abandonado la tumba (29, 9 ss) : lo secundaria que es esta composición de Mateo se ve en el hecho de que Cristo prácticamente no dice nada más a las mujeres de lo que el ángel les ha dicho, que los discípulos deben ir a Galilea. En Juan ya se alcanza un mayor desarrollo (20, 14-17). Estas interferencias de las narraciones de la tumba vacía y de las apariciones nos pueden mostrar lo poco que debemos considerar las historias de la resurrección como relatos históricos exactos de la externa sucesión de los acontecimientos y el gran número de contradicciones nos lo indica con toda claridad: el ángel de la tumba en Lc 24, 4 y Jn 20, 12 se ha duplicado en contradicción con Mc 16, 5 y Mt 28, 25. En Marcos los ángeles dan a las mujeres el encargo de que los discípulos deben ir a Galilea para encontrarse con el Resucitado (Mc 16, 7). Sin embargo Lucas - que ha leído a Marcos- abandona por una intención teológica el encargo de ir a Galilea y pone en boca del ángel un vaticinio de la pasión y resurrección que fue hecho en Galilea (Lc 24, 6 ss). En Lucas la última aparición de despedida tuvo lugar en el monte de los olivos junto a Jerusalén (Lc 24, 50) y en Mateo esta última aparición tiene lugar en un monte de Galilea (Mt 28; 16-20).

Historia de las tradiciones e historia de la redacción en los testimonios del NT

¿Cómo hay que aclarar estas contradicciones de los evangelios? Hay que tener en cuenta que las narraciones evangélicas de la resurrección tal como las tenemos hoy han recorrido el largo proceso de la historia de las tradiciones (*Traditionsgeschichte*). Ya en la tradición oral se añadieron determinados rasgos, otros en cambio se perdieron; se entremezclaron narraciones originalmente independientes y se transfirieron motivos de una narración a otra. Cuando los evangelistas introducen en sus evangelios estas narraciones *tradicionales*, las trabajan una vez más.

Se pueden distinguir preocupaciones (*Tendenzen*), que en el proceso de la tradición oral y en el trabajo de redacción de los evangelios logran dar forma a un género determinado: a saber, preocupaciones *de composición, apologéticas y teológicas*.

Según los Hechos de los Apóstoles, la última aparición de Jesús ocurre después de 40 días (Act 1, 3) . Por el contrario, el mismo Lucas en su evangelio nos lo narra de tal manera que el lector inadvertido puede creer que esta última aparición tuvo lugar el mismo día de Pascua. Ahora bien, es muy improbable que para Lucas existan dos fechas

diferentes para el mismo acontecimiento. Si el espacio de tiempo en el que Jesús se apareció a sus discípulos aparece en el evangelio de Lucas tan concentrado, en contraposición a los Hechos, es simplemente por una *exigencia de coriposición*, pues Lucas quería terminar con ello su evangelio.

Las *preocupaciones apologéticas* han modelado e influido en las narraciones de la resurrección de una manera especialmente vistosa: ya muy temprano debía correr en Jerusalén el rumor de que los mismos cristianos habían eliminado el cuerpo de Jesús para lanzar al mundo el cuento de la resurrección (Mt 28, 15). La respuesta cristiana a esta historia gratuita fue la no menos gratuita narración de los guardianes del sepulcro dormidos y sobornados. Esta narración presupone como condición necesaria, que los judíos ya sabían el viernes que Jesús debía resucitar al tercer día (cfr. Mt 27, 62-66), dato que ni siquiera los mismos discípulos sabían claramente como nos demuestra el estado de ánimo de los que van a Emaús (Lc 24, 20 ss)

Esta misma preocupación apologética de defender la verdad de la resurrección contra las impugnaciones judías sale al encuentro del falso rumor de que un jardinero hubiese trasladado el cuerpo de Jesús para evitar que los numerosos visitantes de la tumba estropearan sus plantaciones; encontramos huellas de la réplica cristiana en Jn 20, 13-15; donde María Magdalena dice a los ángeles que se han llevado el cuerpo de Jesús y que no sabe dónde lo han puesto. Inmediatamente después toma a Jesús por el jardinero.

Otra objeción contra la verdad de la resurrección provenía del pensamiento helenístico, según el cual lo que habrían visto los discípulos era solamente el alma del Crucificado, una especie de fantasma. La Iglesia primitiva también tuvo que distanciarse de esta falsificación narrando la conveniente réplica apologética: "mientras estaban hablando de estas cosas se presentó Jesús de repente en medio de ellos... atónitos y atemorizados se imaginaban ver algún espíritu. Y Jesús les dijo: mirad mis manos y mis pies... palpad". Y para confirmación de que no es un fantasma come un trozo de pescado asado (Lc 24, 36-43).

Para explicar la *preocupación teológica* pondremos el ejemplo de Mt 28, 19 ss: el Resucitado da a los discípulos la misión eclesial. Ellos deben bautizar a todo el mundo en nombre del Dios trinitario. Pero en realidad la Iglesia apostólica tomó conciencia de su misión frente al mundo muy lentamente. Hubo muchas dificultades hasta dar el paso hacia los gentiles y en el principio no era conocida todavía la fórmula trinitaria del bautismo, sino que se bautizaba simplemente en el nombre de Jesús (1 Cor 1, 13). Con esto queda claro que la grandiosa despedida narrada por Mateo es la explicación teológica de un desarrollo posterior.

Juicio crítico-histórico de estas narraciones

Estos pocos ejemplos son suficientes para mostrarnos con qué preocupaciones se escribieron las narraciones de la resurrección y que no pretenden ser un reportaje histórico en sentido moderno, sino más bien *narraciones kerigmáticas* al servicio de la predicación de que Jesús resucitó realmente. No pretenden ofrecer material para un archivo científico, sino dar testimonio a los hombres de su tiempo de la resurrección de Jesús. Para ello se incluyen reflexiones, profundizaciones teológicas posteriores, prevenciones contra falsas interpretaciones, etc, con medios narrativos, que entonces

eran usuales y legítimos, y que han dado forma y estructura a las narraciones tal como las tenemos hoy.

Debemos evitar dos posiciones extremas ante estas narraciones: ni querer mantener a la letra cada rasgo particular de la narración, como si se tratase de un reportaje documental histórico, ni rechazar fragmentos enteros considerándolos como leyendas sin ningún sentido para nosotros. Ambos extremos son falsos. Debemos entender las narraciones de la resurrección como un desarrollo teológico de lo que experimentaron los discípulos de una manera pre-refleja y pre-conceptual en los acontecimientos pascuales a raíz de la verdad de la resurrección y glorificación de Cristo. El interés está 'menos centrado en el desarrollo externo de los hechos que en el esfuerzo de traslucir y así aclarar la realidad interna del acontecimiento pascual.

Valoración histórica de los acontecimientos externos

Dentro de la brevedad obligada nos fijaremos primero en la tumba vacía y luego en las apariciones.

1) La tumba vacía

La narración más antigua del descubrimiento de la tumba vacía la encontramos en Mc 16, 1-8. Podemos tranquilamente presuponer que en esta narración han influido las diferentes preocupaciones composicionales, apologéticas y teológicas. Pero esto no nos permite considerarla simplemente, en su conjunto, como una leyenda, por las siguientes razones:

a) *La predicación de la resurrección presupone necesariamente el hecho de la tumba vacía. Según Mc 15, 42-47, Jesús fue sepultado por José de Arimatea, "un acreditado varón del consejo". En caso de que no queramos cometer la arbitrariedad de considerar la figura de José de Arimatea como una pura invención de la comunidad primitiva, hemos de suponer que esta tumba era conocida en Jerusalén. Sin embargo, poco después en la misma Jerusalén donde Jesús fue ajusticiado y sepultado, sus seguidores predicaban abiertamente que Jesús ha resucitado. Si tenemos presente que para los judíos de aquel tiempo resucitar de entre los muertos significaba necesariamente la resurrección del cuerpo, tenemos que concluir que la comunidad primitiva no podía predicar que Jesús había resucitado si en verdad no hubiese sabido que la tumba objetivamente estaba vacía.*

b) *El pésimo testimonio que podían ofrecer las mujeres ante los judíos nos confirma que en realidad las mujeres encontraron la tumba vacía. Si la narración de la tumba vacía fuese una leyenda inventada por los primeros cristianos para tener a mano un argumento irrefutable de la resurrección, es imposible comprender cómo dejan que sean precisamente unas mujeres las que encuentran la tumba vacía. Con esto se habrían esforzado en buscar los peores testigos imaginables, pues las mujeres para el judaísmo de entonces, eran incapaces de dar pruebas testificales. En realidad, la narración de la tumba vacía pronto fue ampliada en el sentido de que tras las mujeres los apóstoles mismos corrieron a la tumba para confirmar, como quien dice, oficialmente lo que las mujeres habían visto (Lc 24, 24; Jn 20, 3-10). Esta ampliación es secundaria pero*

muestra que no se podía empezar una polémica con los judíos a base de una historia de la tumba vacía en la que los únicos testigos eran mujeres. Esto habla a favor de que en realidad fueron las mujeres quienes fueron a la tumba y la encontraron vacía.

c) Tras el dato de que Jesús resucitó "al tercer día", yace el hecho real de la tumba vacía. Ya en las formulaciones más antiguas del evangelio de la resurrección (cfr. 1 Cor 15, 4) se encuentra la afirmación de que Jesús resucitó al tercer día: ¿cómo se llega a este dato? Se ha afirmado que podría ser una fórmula antigua para designar un corto espacio de tiempo. Resucitar al tercer día significaría entonces que Jesús resucitó muy pronto. Pero esto no explica por qué se afianza ya desde el principio tan fuertemente este dato en todo el anuncio de la resurrección. Tampoco basta decir que es un dato sacado del AT (Jon 2, 1), pues parece que la cita fue buscada a partir de los acontecimientos. La explicación más clara es que el tercer día juega un papel tan importante en la tradición primitiva porque en él se descubrió la tumba vacía.

Por causa de estas razones ningún científico o historiador crítico puede remitir globalmente la narración al campo de la leyenda. Pero añadamos que estas razones no aportan una demostración histórica de la resurrección: tumba vacía v resurrección no son una misma cosa; más bien el hecho de la tumba vacía es susceptible de interpretación.

La polémica judeo-cristiana se centró desde un principio en la interpretación de la tumba vacía, no en el hecho. Se dijo que los cristianos habían robado el cuerpo de Jesús, que un jardinero lo había cambiado de sitio, incluso se recurrió a terremotos que habrían provocado la desaparición del cuerpo en una grieta. Más tarde se supuso que la tumba no era conocida de nadie y que las narraciones del entierro y la tumba vacía eran leyendas tardías. Las razones antes aducidas y el hecho de que los judíos no pusiesen en duda la objetividad de la tumba vacía, nos impiden inutilizar estas narraciones como si fueran meras leyendas.

Con todo, debe entenderse bien que el hecho de la tumba vacía no es todavía la resurrección. En Lucas los discípulos no llegan a la fe por la noticia de la tumba vacía (Lc 24, 11) y en los cuatro evangelios el significado de la tumba vacía debe ser explicado por los ángeles. Esto nos indica que *considerado en sí mismo* el fenómeno de la tumba vacía es ambivalente y abierto a distintas interpretaciones.

2) Las apariciones

Nos servirá de punto de partida el testimonio más antiguo de la resurrección: 1 Cor 15, 3-8. La primera carta a los Corintios fue escrita por Pablo en el año 55 ó 56 en Éfeso. Pero las fórmulas de fe citadas son mucho más antiguas y el mismo Pablo lo advierte: "Yo os he transmitido lo que yo mismo he recibido". Con este testimonio, pues, nos acercamos mucho a los acontecimientos. Pero el punto valioso de este testimonio es la afirmación, en conexión directa con la fórmula de fe citada, de que a él mismo se le apareció el Resucitado de la misma manera que se apareció a los otros apóstoles. Nos encontramos ante un testigo de primera mano, tan valorado por los historiadores.

No es posible coordinar perfectamente la enumeración de las apariciones que nos hace Pablo con las narraciones del evangelio. Pues las apariciones a Santiago y a los 500

hermanos no tienen ningún paralelo en los evangelios y de la aparición a Pedro sólo nos habla Lc 24, 34. De todas maneras podemos afirmar, siguiendo el testimonio de Pablo, que hubo una serie de apariciones -aunque el orden, el lugar y el círculo exacto de personas presentes sea muy difícil de determinar- en las que los discípulos creyeron ver a Jesús como resucitado, y entre ellos Pablo se cita a sí mismo.

Con toda intención hemos dicho que los discípulos creyeron ver a Jesús, pues así introducimos la cuestión histórica más difícil: ¿cómo se han de interpretar propiamente estos fenómenos de las apariciones? Que tales fenómenos existieron está prácticamente fuera de duda. La cuestión se reduce a cómo se deben interpretar. ¿No se tratará de una simple proyección del subconsciente? Los discípulos apenas podían creer que el asunto de Jesús estuviera liquidado y entonces surgió de su interior una imagen de su maestro que no estaba muerto, sino que seguía con vida. El deseo sería el padre de las apariciones. Dicho de otra manera, ¿puede ser excluida la hipótesis de una visión meramente subjetiva?

a) La existencia de *apariciones a lo largo de un tiempo* habla en contra de una visión meramente subjetiva. No hubo apariciones un solo día en el que el estado de ánimo de los discípulos fuese especial, sino que, como nos indican las fuentes, las apariciones se sucedieron a lo largo de un espacio de tiempo.

b) La *diversidad de personas y grupos de personas* que ven al Resucitado es un argumento mucho más serio en contra de unas visiones meramente subjetivas. Recordemos la aparición a "500 hermanos a la vez" de la que habla Pablo. No se puede explicar esta aparición sólo psicológicamente sin recurrir a una sugestión recíproca o a una psicosis colectiva. Y si alguien estuviese dispuesto a ir tan lejos, ¿cómo explicaría la visión de Pablo, en quien una sugestión por parte de otros cristianos queda excluida y que además no tenía ningún interés en que el asunto de Cristo (*die Sache Christi*) sobreviviera. Recordemos que Pablo estaba persiguiendo a los cristianos.

La diversidad de personas a las que se aparece el Resucitado queda recalcada también en la persona de Santiago, el hermano del Señor, pues no pertenece al círculo de discípulos, sino al círculo de parientes de Jesús. Los evangelios nos dejan ver que surgieron tensiones entre los parientes de Jesús y el mismo Jesús (cfr. Mc 3, 21 y Jn 7, 5). Sin embargo, poco después de Pascua, Santiago desempeña repentinamente un papel director en la comunidad de Jerusalén: ¿cómo es posible esto? La explicación la da 1 Cor 15, 7: Santiago tuvo una aparición del Resucitado que, por decir así, le legitimaba.

Es prácticamente imposible considerar como meras visiones subjetivas las apariciones a personas tan distintas como Pedro, Santiago y Pablo. Personas con diferentes intereses, diferentes metas, diferente origen y diferente posición personal ante la realidad de Jesús. Quien quiera explicar positivamente cómo hombres tan distintos llegaron a una visión subjetiva tendrá que recurrir a complicados montajes psicológicos completamente artificiales. Y es asombroso ver cómo en este punto incluso investigadores sensatos se llenan de fantasía.

c) Todas estas construcciones psicológicas para explicar las apariciones como visiones meramente subjetivas tienen en común lo siguiente: en el alma de los discípulos surge la fe y esta fe provoca las visiones. Precisamente todo lo contrario de lo que testimonia el NT: *solamente las apariciones logran hacer surgir la fe. Yo no entiendo cómo un*

historiador científico pueda llegar a interpretar una fuente tan clara en un sentido tan completamente contrario.

d) Una proyección de origen psicológico necesita *determinados presupuestos inteligibles que no se daban* en los discípulos. Quien consigue la certeza de que Jesús resucitó debió de alguna manera contar con una tal resurrección. ¿Es éste el caso de los discípulos? Partamos del sitio que tenía la resurrección de los muertos en el pensamiento judío de entonces. La resurrección pertenecía a la doctrina de "los últimos acontecimientos". La mayoría de los judíos del tiempo de Jesús estaban convencidos de que Dios resucitaría a los muertos al final de la historia. La resurrección pertenecía pues al *fin del mundo*. Pero esto significa que cuando los discípulos predicaban que Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos, predicaban -a partir de los presupuestos judíos- que en la resurrección de Jesús ha empezado la resurrección final de los muertos, el fin del mundo, y empieza el mundo nuevo. ¿De dónde sacan los discípulos esta perspectiva que tenía que parecer horrorosa a aquel mundo adormilado? Ni en la historia de las religiones, ni en las narraciones judías anteriores encontramos nada parecido. Naturalmente se conocían narraciones de resurrecciones según las cuales los muertos volvían a la vida terrena. Pero los discípulos no entendieron nunca así la resurrección de Jesús. Tanto en el judaísmo como en el helenismo existía la creencia de que Dios podía raptar a un hombre liberándolo de este mundo. Todo judío conocía las narraciones de Enoch o Elías, Esra o Baruch, y éstos deberían ser los datos inteligibles para posibilitar una proyección psicológica. Pero la comunidad primitiva no afirma nunca que Jesús haya sido llevado por Dios, raptado, sino que *ya ahora* ha empezado la resurrección escatológica de los muertos.

No es comprensible cómo hombres que provienen de la tradición judía pudiesen concebir la irrupción de los últimos acontecimientos *solamente para Jesús*. Los últimos acontecimientos, según la mentalidad judía, conciernen a la comunidad y sólo deben ocurrir al fin del mundo. Los presupuestos inteligibles, por tanto, que podrían tener los discípulos no podían motivar una proyección psicológica de una resurrección como la predicada por la Iglesia primitiva. Por consiguiente, surge la fe de la experiencia real y escatológica con el Cristo resucitado.

Limitación del método histórico aplicado a la resurrección

Con todo, aquí el historiador está ante una frontera infranqueable. Quien esté convencido de que hay un Dios, de que creó el mundo y de que dirige toda la historia humana, podrá permanecer abierto a la posibilidad de que Cristo haya resucitado y de que en su resurrección haya empezado ya el fin de la historia y el comienzo de la nueva creación. Por el contrario, el historiador que no crea en Dios y debe, por tanto, interpretar la historia sólo inmanentemente en sí misma, se encogerá de hombros ante los acontecimientos pascuales y, muy pronto optará por la solución de visiones subjetivas y psicológicas o, en todo caso, se escudará en la falta de material necesario para una investigación médico-psiquiátrica de los primeros testigos, tal como hace hoy la Iglesia en los milagros.

Solamente con el método histórico no se puede probar la resurrección de Jesús a partir de los fenómenos de las apariciones. Una demostración concluyente, cuya frase final sea "luego Cristo ha resucitado" no es factible. Naturalmente tampoco se podrá probar nada

contra el hecho de la resurrección de Jesús. Un historiador honrado y autocrítico permanecerá ante los hechos de la tumba vacía y las apariciones, como ante fenómenos no esclarecibles por los métodos históricos.

En conclusión podemos decir: los *hechos históricos quedan abiertos a la resurrección, más aún, exigen una interpretación, que no puede dar el historiador en cuanto mero historiador.*

¿PUEDEN LOS TESTIMONIOS DEL NT FUNDAMENTAR NUESTRA FE EN LA RESURRECCION DE JESÚS?

Hemos visto que la resurrección de Jesús no puede demostrarse por métodos puramente históricos. Pero esto no condiciona una respuesta negativa a la pregunta que nos ocupa ahora, pues ya establecimos desde un principio que la resurrección de Jesús no es un acontecimiento más en nuestro espacio y tiempo como los hechos de los que se ocupa el historiador. Es completamente normal que el historiador choque con esta frontera que no puede superar si maneja honradamente su método; y esto no por falta de mejores fuentes, sino por la naturaleza misma del hecho, que no es solamente un hecho que *trasciende* la historia, sino que es también una verdad *personal*.

En el campo puramente personal no se puede dar ninguna "demostración". Cuando hablamos de "demostración" esgrimimos un concepto con una fuerte componente matemático-científica. Es característico de la ciencia que pueda manejar el objeto de su conocimiento como una "cosa", como un mero "objeto". Pero esta forma de conocimiento, de análisis frío, es insuficiente cuando se trata de conocer una *verdad personal*. Naturalmente se puede objetivar incluso a un hombre, analizarle y someterle a una consideración científica, pero con esto no se entra en el terreno de lo que constituye su verdad propia, su existencia personal.

El que "otro" con toda su interioridad se me dé a conocer, solamente ocurre cuando yo mismo doy a conocer mi interior. El "otro" se abre a mí cuando yo no titubeo en abrirme. No se puede llegar nunca a un verdadero conocimiento personal mientras el que conoce permanece distanciado, mientras se mantenga neutral, mientras quiera analizar a su compañero. En otras palabras, el conocimiento personal sólo es posible cuando entra en juego la categoría de riesgo.

Porque esto ocurre en todo conocimiento personal y porque el Cristo resucitado es una verdad personal en sentido exclusivo, la resurrección de Jesús sólo puede ser conocida si en el conocedor existe la disponibilidad de abrirse al mensaje de la resurrección, al riesgo de esta Buena Nueva, a dejar determinar su vida por este evangelio. Para esta reciprocidad de la franqueza, esta disponibilidad y este riesgo, tenemos una antigua palabra: la fe. Si la resurrección de Jesús ha de ser verdaderamente conocida, solamente puede ocurrir *en la fe*. No hay otro acceso al Resucitado. Correspondientemente a esta verdad, cuando el acontecimiento de la resurrección es anunciado a otro, no se trata nunca de un probar, demostrar o convencer, sino simplemente de dar un testimonio, de un kerigma.

Supongamos por un momento que los apóstoles estuviesen a nuestra disposición y pudiésemos vigilarlos, analizarlos y examinarlos con todos los medios de la ciencia

antes, durante y después de las apariciones: que consiguiésemos dictámenes médicos y psiquiátricos que pudiesen fundamentar un juicio histórico. Al final de la experiencia deberíamos creer o no creer en el testimonio del apóstol que nos dice que ha visto al Señor resucitado. El riesgo propio y la confianza sin reserva en la palabra del testigo, no podrían tampoco evitarse. Una documentación médico-psiquiátrica ideal no nos evitaría el riesgo de creer o no creer en el sencillo testimonio que nos da Pablo en 1 Cor 9, 1: yo he visto al Señor.

Repitamos con toda claridad, una vez más, que el hecho de que la resurrección de Jesús no pueda ser probada o demostrada no es una deplorable falta que Dios haya cometido, ni algo que los teólogos deban ocultar angustiosamente, sino algo positivo que sólo acontece allí donde la realidad personal es reconocida. Al fin y al cabo, con el método exacto de la ciencia sólo podemos alcanzar un sector muy reducido de nuestra vida humana: ¿cuándo ha sido medible la confianza?, ¿cuándo ha sido demostrable el amor? Quien exija que su compañero le "demuestre" su amor, en aquel momento lo echa todo a perder. Quien exige que se le demuestre la resurrección (pues también él "querría creer" en la resurrección de Jesús) comete el mismo trágico error.

Tenemos también que evitar caer en el extremo contrario, en un escepticismo histórico o en un desinterés histórico total como el propugnado por Bultmann. Los hechos quedan siempre abiertos a la resurrección y exigen una ulterior explicación, que el historiador como tal no nos puede dar. La verdadera explicación de los hechos posteriores a la muerte de Jesús sólo la encuentra aquel que acoge el evangelio de la resurrección en la fe. Quien acepta este riesgo, sabe y confiesa que verdaderamente Cristo ha resucitado.

Tradujo y condensó: ANTONIO PASCUAL NADAL